

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

CARTAS DEL GRAL. FELIPE ÁNGELES

LA REVOLUCIÓN HA TRIUNFADO,
AUN EN EL ÁNIMO DE LOS CONSERVADORES
Lo malo son los revolucionarios, decía Ángeles

CAPÍTULO II

Mientras que en México, derrotadas definitivamente las fuerzas del general Francisco Villa, el gobierno presidido por Venustiano Carranza parecía haberse consolidado, dos grupos, cuya clasificación política será dada en cartas subsecuentes del general Felipe Ángeles, conspiraban desde Nueva York.

Hasta mediados de 1916, ninguno de los dos grupos tenía un plan definitivo de lucha; sólo representaban propósitos para continuar la oposición al gobierno carrancista, usando del medio que presentara más probabilidades de triunfo.

El convencionismo

Uno de los grupos, integrado en su mayoría por elementos villistas, estaba dirigido por el licenciado Miguel Díaz Lombardo, ex ministro en el gabinete del presidente Madero y ex ministro también del gobierno de la Convención. Era el licenciado Díaz Lombardo hombre de gran talento y gozaba de toda la confianza del general Francisco Villa.

El otro grupo estaba encabezado por el licenciado Manuel Calero, ex embajador de México en Washington. Este grupo estaba integrado por elementos que habían sido porfiristas –entre ellos figuraban don Ramón Prida, don Óscar Braniff, don Maqueo Castellanos y don Jesús Flores Magón–, pero distanciados primero del gobierno del general Victoriano Huerta y después del gobierno carrancista.

Aunque ambos grupos estaban en constantes actividades, superiores eran las del dirigido por don Manuel Calero. El ex embajador de Washington, escribía folletos, cartas y proclamas y visitaba a los numerosos elementos políticos mexicanos refugiados en diferentes ciudades de los Estados Unidos. No se declaraba por determinado grupo revolucionario, de los varios que operaban en México pero sí fomentaba esos grupos y animaba nuevas expediciones.

INVITACIONES A MAYTORENA

Desde principios de marzo de 1916, don José Maytorena ex gobernador del estado de Sonora, quien se encontraba en Los Ángeles dispuesto a alejarse definitivamente de la política, y todavía más: con el propósito de marchar a algún país de la América Central, empezó a recibir cartas de los conspiradores en Nueva York, invitándolo para que participara en las reuniones que se estaban efectuando con el fin de preparar un nuevo movimiento general en México.

La insistencia de los directores de los grupos y, sobre todo, del licenciado Díaz Lombardo, con quien don José María estaba ligado por una vieja y sólida amistad, hizo que el ex gobernador sonorense emprendiera el viaje a Nueva York, a fines de abril de 1916.

Encontrándose en Nueva York el señor Maytorena, recibió la siguiente carta del general Ángeles, fechada en El Bosque, nombre del rancho del ex director del Colegio Militar:

José C. Valadés

Mayo 3 de 1916

El Paso

Señor General don José María Maytorena
Nueva York

Mi querido y buen amigo:

Acabo de recibir la noticia de que mañana pasa por aquí en tren para ir a ver a Ud. nuestro buen amigo Piña y aprovecho su conducto para enviarle esta carta. El Lic. Gaxiola me informó que iba Ud. a parar en N. Y., al Hotel McAlpin, pero estando las relaciones entre México y E. U. tan delicadas y nosotros probablemente muy vigilados, me pareció que no debía escribirle para evitar que se enteraran de mi carta personas extrañas.

Ahora le escribo bajo el peso de una gran pena, entre otras menores. Se acaba de morir aquí un amigo, el Gral. Luna, de congoja y de pobreza.

También estoy con la pena de cómo se resolverá esta crisis internacional: me alienta un poco el no sentir en el pueblo la inquietud o la excitación que preceden siempre a una guerra inminente; eso me hace creer que no habrá guerra.

Con cuento gusto hubiera aceptado su invitación para ir a N. Y., pero estaba y estoy en circunstancias difficilísimas que me privaron del placer de estar con Ud. algunos días y de ver también a nuestros amigos los hermanos González Garza y Enrique Llorente, que están allí, y que me hubiera dado sus impresiones y comunicado sus proyectos.

Le ruego que les dé mis más cariñosos saludos con mis votos fervientes porque la pasen lo mejor que les sea posible, o lo menos mal posible.

Leí con gusto (y estuve enteramente de acuerdo) el folleto que como memorándum enviaron a Carranza y a los elementos civiles y militares. Le suplico les diga también que cuando lo crean conveniente pueden hacer pública mi adhesión a su memorándum, en la forma y fecha que lo crean oportuno.

En mi negocio me va todo lo bien que podría irme; vendo la leche (que es bien poca) que producen mis vaquitas primerizas y con eso podría vivir (aunque pobemente) si no tuviera algunas dificultades que no preví; o que aun previéndolas no pude evitar por arrancado.

1. No creí que las vacas Holstein dieran la leche tan delgada que indispensablemente tendría que comprar otras (como Jersey) para engordarla al grado que exige la ley.

2. No pude guardar lo necesario para comprar las pasturas en la época del año en que son más baratas, y así tener una utilidad que me permitiera hacer mis gastos.

El convencionismo

3. No me da el producto lo suficiente para ahorrar lo necesario para pagar el terreno y los intereses del dinero que vale.

Fuera de estas tres deficiencias capitales, todo va bien, porque hice casa, *garage*, lechería, pozo con su bomba, caballeriza, establo y depósito de pasturas (y gallinero) bastante bien para que el negocio vaya prosperando poco a poco hasta convertirse en muy productivo y pueda vivir tranquilamente hasta que san Carranza y san Obregón y san Científicos bajen el dedo.

Por otra parte, he sembrado algunos árboles frutales y el sitio es fértil, pintoresco y agradable, y el terreno va subiendo rápidamente de valor.

Así es que espero, si no fracaso dentro de poco tiempo, vender bien el negocio y devolver el dinero que pedí para establecerme, que se reduce a \$3 200 al Banco, para el terreno, y \$2 000.00 a Ud. para las vacas.

Quisiera yo participar la seguridad que tiene Ud., según me dijo el Lic. Gaxiola, del éxito que tendrá nuestro colaborador el Sr. Gral. Bilimbique, porque una de mis inquietudes consiste en que consolide Barbas de Oquis y su brazo izquierdo.

Empecé esta carta con la mucha tristeza que me dan las penas y mi aislamiento en esta soledad; pero después de esta pequeña plática con un amigo, me he animado y me siento aliviado de un gran peso.

Reciba como siempre los cariñosos saludos de toda mi familia y un estrecho abrazo mío.

Felipe Ángeles

UNA FORMAL INVITACIÓN A ÁNGELES

Tan luego como el ex gobernador de Sonora llegó a Nueva York, el licenciado Díaz Lombardo lo puso al corriente de la situación, indicándole la conveniencia de que todos los elementos revolucionarios constituyeran formalmente una junta que se encargaría de reiniciar un movimiento armado formal en México contra un gobierno de Carranza.

El señor Maytorena se rehusó a tomar participación directa y decisiva en el asunto, sugiriendo entonces la conveniencia de que el general Felipe Ángeles fuera invitado a participar en las reuniones. Con este motivo don José María escribió a Ángeles, quien en respuesta le dijo:

José C. Valadés

El Bosque, El Paso, Texas
Mayo de 1916

Señor General don José María Maytorena
New York

Mi querido y buen amigo:

Recibí su carta del 7 del presente, que no contesté inmediatamente porque me ha embargado en estos últimos días una inquietud muy grande.

Me pide usted que le diga lo que sepa de las conferencias de Scott-Obregón. Nada sé de ellas con seguridad. He leído lo que dicen algunos periódicos y he escuchado lo que se imaginan algunos amigos. Mi impresión personal al principio fue que las conferencias en cuestión se terminaron porque estaban realizándose en circunstancias inadecuadas, bajo la presión de los sentimientos de los dos pueblos: el americano, con su amor propio de nación poderosa, y el mexicano, con el dolor de su soberanía lastimada y aun vejada.

Creí al principio que esas conferencias se juzgaron inconvenientemente porque se realizaban casi públicamente, teniendo como espectadores a ambos pueblos, los cuales estaban continuamente informados por la prensa de los dos países. Y por inconveniente, creí que se cambiaban por negociaciones diplomáticas, secretas, tranquilas, sin prisa y sin pasión.

Pero ahora, por los comentarios de algunas personas, parece que me equivoqué y en esas conferencias llegaron a un fin satisfactorio para los dos gobiernos. ¿Será también satisfactorio para nuestra patria? En resumen, como dije ya, no sé nada preciso sobre este importante asunto.

Ahora llego al otro asunto de su carta. Me invita a alejarme del peligro a que me expone la vecindad del Río Bravo, y sabiendo que estoy escaso (exhausto) de recursos, me ofrece generosamente su ayuda.

Con cuánto gusto me tomaría unas vacaciones e iría a disfrutarlas con ustedes, y aprovecharía la ocasión para platicar con ustedes, y aprovecharía la ocasión para platicar con nuestros amigos residentes en esa gran ciudad. Sería para mí muy agradable, pero desgraciadamente estoy ahora en grandes apuros que me privan de aprovechar su bondadosa invitación.

No puedo separarme porque yo hago parte del trabajo del rancho, y aunque Alberto es muy trabajador y hace lo más importante, está muy joven para dejarle el mando de los criados y la dirección del negocio.

Por otra parte estoy tan alarmado por la falta de recursos para comprar forrajes y pagar el terreno que el peligro de la vecindad de nuestros enemigos es

El convencionismo

enteramente insignificante. Si yo pudiera vender el ranchito sacando siquiera las dos terceras partes de lo que me ha costado, lo haría con todo gusto, pero creo que no encontraría comprador y, además, me da tristeza hacer fracasar un negocio que he emprendido y al que le tengo cariño, porque, por lo menos, me ha servido de ocupación durante algún tiempo.

Lo que yo quise desde que empecé la construcción del ranchito fue tener dónde vivir y trabajar humildemente el tiempo que durara nuestro destierro. Pero como ya he manifestado a usted, mi gran error consistió en no dejarme reserva de dinero y, sin éste, no puedo continuar el negocio y veo con terror la quiebra consiguiente. Esta es la intranquilidad que decía yo al principio de esta carta y que ha retardado mi contestación. Y la he retardado porque no veo más que una solución que me es muy penoso escribírsela y he vacilado mucho en hacerlo. No veo más salvación que la intervención de usted, que es el más bondadoso de mis amigos que cuentan con unos recursos.

¿En qué forma podría usted intervenir?

Podría yo hipotecarle el ranchito para que pudiera yo pagar desde luego el terreno y comprar las pasturas. Podría yo venderle el ranchito con excepción de la casa, para que tuviera yo dónde vivir. O, por último, podríamos asociarnos para que se pudiera fomentar el negocio y hacerlo rendir toda la utilidad que se le puede sacar.

Yo me conformaría con que mi familia pudiera vivir muy pobemente, pero que no tuviera yo necesidad de ir a trabajar a labores que no puedo desempeñar por decoro o por incompetencia física.

Esta última solución es, en mi concepto, la menos gravosa para usted porque las construcciones están hechas de manera de desarrollar el negocio con éxito. El inspector, la primera vez que visitó el ranchito, dijo: "es mucha lechería para tan pocas vacas; necesita usted comprar más, algunas Jersey, porque las solas Holstein dan la leche un poco delgada". Con frecuencia trae visitas a la lechería y dice que es la más limpia y bien establecida.

Si pudiera usted dar una vuelta por este lugar, tal vez le agradaría la fertilidad del terreno, la abundancia de árboles, la misma proximidad del río cuyas aguas se ven brillar a 300 metros, y tal vez se decidiera a entretener el amargo tiempo del destierro criando becerritos y gallinas y segando alfalfa, la hortaliza y los árboles frutales, en colaboración de un amigo que lo quiere mucho. Y así pasaríamos el tiempo, hasta que de nuevo nos abriera sus brazos la patria adorada. Ya comprenderá usted mi intranquilidad, que desde hace varios meses me priva del sueño y me envejece rápidamente, aparte de otras amarguras que llueven en los malos tiempos.

José C. Valadés

Comprenderá también por qué con pena no acepto la invitación de usted de ir a descubrirme un poco, estando en situación tan afflictiva.

Perdóname esta carta, y sino puede ayudarme a impedir mi quiebra, no se apene: cada quien tiene sus dificultades y sólo él sabe dónde le aprieta el zapato. Reciba un estrecho abrazo de su amigo y sírvase dar mis más afectuosos saludos al Lic. Gaxiola [Francisco Javier], a Piña y a los demás buenos amigos, cuando los encuentre.

Felipe Ángeles

LAS ACTIVIDADES DE CALERO

Las actividades del licenciado Manuel Calero quedan puestas de manifiesto en la siguiente carta de Ángeles para Maytorena.

Aunque la carta del ex director del Colegio Militar no da detalles sobre la entrevista efectuada con el ex embajador en Washington en la ciudad de Kansas, meses más tarde, el general Ángeles refirió a don José María que Calero le había insinuado que tanto él como sus amigos preparaban firmemente un movimiento revolucionario, y que para el objeto contaban no solamente con posibilidades económicas, sino con la ayuda de altos personajes de gran influencia en los círculos políticos y diplomáticos de Washington.

Calero invitó a Ángeles a participar en ese movimiento que estaba siendo cuidadosamente preparado, sugiriéndole al mismo tiempo que todas las facciones políticas enemigas de Carranza se unieran para tomar parte en la revolución. Ángeles, como se verá por la carta que sigue, declinó cortésmente la invitación, a pesar de la amistad que lo ligaba con Calero.

Junio 8 de 1916

El Paso

Señor General don José María de Maytorena
New York

Querido y buen amigo:

A punto de partir para a Kansas recibí su última carta con el *check* de 3 000 dólares que tuvo usted la bondad de prestarme.

El convencionismo

Me ha causado mucha pena abusar de su bondad induciéndolo a servicio tan grande de que me ha sacado de una grandísima dificultad. Se lo agradezco infinito y espero que pronto nos cambie la suerte y pueda vender el malhadado ranchito para devolverle su dinero.

Al principio dije que salí para Kansas. En efecto, recibí una carta de Calero llamándome urgentemente para esa ciudad para un asunto apremiante. No puede desatenderse su llamado por la forma en que lo hacía y por el servicio que le debo de haberme sacado de las guerras de Huerta.

Creí que el asunto sería importantísimo, pero resultó, a mi juicio, una utopía. Dentro de pronto volverá a Nueva York y quiere platicar con usted, pero desea una carta mía a guisa de presentación, aunque, según me dijo, ya se conocen. Tiene proyecto de asociaciones, que cambia frecuentemente. Se conoce que está desesperado porque ve rota su brillante carrera.

Pasé con él unas cuantas horas y me regresé para ésta. Él regresa a Chicago, a donde asistirá a las sesiones de la Convención republicana, a donde vamos a jugar un terrible albur: si eligen a Roosevelt, probablemente habrá intervención en México. De regreso a New York, probablemente irá Calero a ver a Ud. con una carta mía que haré preceder con otra seguramente secreta, explicativa del asunto y de mi opinión.

Con la expresión de mi agradecimiento reciba un estrecho abrazo y saludos afectuosos para Piña, Gaxiola, Llorente y los hermanos González Garza.

Felipe Ángeles

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL GENERAL ÁNGELES

Los problemas políticos de México eran para el general Ángeles una obsesión; creía encontrar un remedio fácil y efectivo para restablecer la paz del país.

En ninguna carta resumió el ex director del Colegio Militar su pensamiento político tan claramente como en la que va a continuación.

En este corto e interesante ensayo político, el general Ángeles cree firmemente en el triunfo de la Revolución mexicana, negando que el partido conservador, representado en ese entonces por el general Félix Díaz, pueda volver a tener arraigo en el pueblo.

La carta de Ángeles dice el textualmente:

José C. Valadés

Junio 15 de 1916
El Bosque, El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
New York

Querido y buen amigo:

Hasta ahora había creído muy posible la consolidación del gobierno de Carranza por cansancio del pueblo mexicano y por el apoyo formidable del gobierno americano.

Con estas dos circunstancias y una política bien marcada, si no de reconciliación, por lo menos de tolerancia, que hiciera la vida llevadera a todos los enemigos, seguida del establecimiento gradual de todas las autoridades, hasta restablecer plenamente el orden constitucional (aunque no fuera más que en la forma), me parecía muy posible la consolidación del gobierno de Carranza.

Pero ahora comienzo a ver que no solamente tiene contra sí la escasez de dinero, sino que la situación se le descompone rápidamente y lo obliga a tomar determinaciones que en lenguaje popular tan gráficamente se llaman "patadas de ahogado".

Nuestros amigos me han juzgado pesimista; no creo que ahora vayan a tacharme de optimista. Confieso, sin embargo, que mi creencia de que Carranza fracasaría irremediablemente, no es propiamente más que una primera impresión. Me apresuro a comunicársela a Ud. porque creo que en ciertos casos la inactividad es una gran falta.

Voy a decirle en pocas palabras cómo juzgo la cosa pública en nuestro país. Si en realidad Carranza está para caer, ¿cómo será sustituido?

Muchos creen que Obregón lo reemplazará. Yo no lo creo. Para que Obregón substituya a Carranza sería preciso un convenio secreto, del cual es incapaz Carranza; o bien una rebelión abierta e inmediata de Obregón, acusando al Primer Jefe de llevar la revolución al fracaso, para la cual juzgo incapaz a Obregón; o, por último, una rebelión tardía de Obregón, que tal vez derrocaría a Carranza, pero que llevaría a una lucha agotadora que acabaría por derribar también a Obregón. Para mí, la caída de Carranza traerá consigo indefectiblemente la de Obregón y la de todo el carrancismo.

Si es así, podrían muy bien aprovecharse de esta caída los porfiristas, los *científicos* y los radicales. Pero tampoco creo que esto sea probable, porque si la nación está decepcionada de los revolucionarios, no lo está de la revolución; muy al contrario, la revolución ha triunfado, aun en el ánimo de los conserva-

El convencionismo

dores, que la toman por bandera. No creo que el pueblo deje de engañarse por proclamas como la de Félix Díaz, y si alguna vez sigue a los conservadores que enarbolean una bandera revolucionaria, no será porque crean en sus promesas, sino porque los juzgue más capaces como hombres de gobierno que a los “recién llegados” revolucionarios.

Ahora bien, si las ideas anteriores son la expresión de la verdad, desde luego surge un problema de urgente resolución. ¿Cómo hacer triunfar en la práctica una revolución que ha triunfado en las conciencias de todos, aun en las de los antiguos revolucionarios?

Para eso es necesario, en primer lugar, que nos asociemos los revolucionarios que no somos salvajes; los que reprobamos los asesinatos, las confiscaciones, las arbitrariedades y el desorden; los que creemos que si nuestras instituciones son democráticas, no deben estar inscritas solamente en nuestras leyes fundamentales, y que deben acabarse para siempre oligarquías, como “la *científica*”. La aspiración maderista no es una utopía, era la mentida aspiración *científica*, que con Bulnes decía un discurso memorable: “Después del Señor General Díaz, la ley”.

La piedad para los desheredados no es un dislate político, es la base indispensable para el equilibrio social. De una y otra cosa están convencidos nuestros enemigos políticos y la nación toda. Lo que faltan son hombres desinteresados y civilizados que conviertan en realidad práctica principios axiomáticos, evidentes, sobre todo, después de la revolución.

Se necesitan *leaders* que hagan prescindir a sus partidarios, de grado o por fuerza, de todos los salvajismos y radicalismos que han desprestigiado a los revolucionarios; es necesario hacer agradable la vida, no sólo a unos, sino a todos los mexicanos, y es necesario, por último, constituir un gobierno con personas capaces en todos los ramos de la administración, donde quiera que se encuentren, haciéndolos desempeñar sus empleos con la plena conciencia de que el ejercicio de sus funciones no los convierte en amos, sino en servidores del pueblo.

Decía yo que es necesario, en primer lugar, asociarnos. ¿Y después de asociados? El camino me parece naturalmente indicado, y ya nuestros enemigos, los verdaderos, nos dan el ejemplo; pero el asunto merece mejor oportunidad para ser desarrollado.

Procuraré encontrarla lo más pronto posible.

Reciba un estrecho abrazo de su amigo y los cariñosos saludos de toda mi familia.

Felipe Ángeles

A pesar de que el general Ángeles, al establecerse en El Paso, comunicaba a don José María Maytorena sus deseos de retirarse definitivamente de la política mexicana, por los últimos párrafos de la carta inserta se desprende el interés creciente del ex director del Colegio Militar por la política del país. Ángeles promete continuar ocupándose de los problemas políticos de México, pero un incidente de gran trascendencia internacional —la expedición punitiva del general John J. Pershing— lo hizo cambiar de opinión y, alarmado, le escribió al señor Maytorena la siguiente carta:

Junio 20 de 1916
El Bosque, El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
New York

Querido y buen amigo:

Mi última carta fue escrita con un estado de ánimo que sea modificado naturalmente por la crisis actual de las relaciones entre México y los E.U., creada sucesivamente por la nota de Carranza, por la advertencia de Treviño (Gral. Jacinto B.) al Gral. Pershing de que atacaría a las tropas de éste si hacía un movimiento cualquiera que no fuera de retirada, y por el plazo de siete días fijado por Carranza para la evacuación del territorio mexicano por las tropas americanas.

La guerra internacional es inminente y creo (por el plazo fijado por Carranza) que las hostilidades comenzarán a fines de esta semana.

¿Qué haremos entonces?

Permanecer en E.U. sería indecoroso; pero irnos a otra parte, diferente a México, daría lugar a que se nos tachara de no acudir en ayuda de la patria cuando ésta se hallaba en guerra internacional, acción que explotarían con gusto nuestros enemigos. Juzgo que es indispensable ir a México ayudar como podamos. La única indecisión que tengo consiste en si ir con consentimiento de Carranza o sin él.

Al pedirle su consentimiento como jefe del gobierno *de facto*, nos expondríamos a un desaire si no aceptaba (pero entonces toda la responsabilidad de nuestra falta de cooperación caería sobre él), o a que nos tuviera en un puño si aceptaba.

Al ir sin su consentimiento tendríamos muchas dificultades para entrar a México, nos expondríamos a caer en su poder y a que nos fusilaran; pero si

El convencionismo

lográbamos formar un cuerpo de tropas, ayudaríamos con más libertad y más a gusto.

Además, ¿por qué lugar penetrar? Podríamos entrar por Sonora, por la costa occidental o por la costa de Veracruz.

No tengo temor de que esta carta llegue a conocimiento de cualquiera autoridad americana, porque cumplimos con una obligación al ir con ayuda de la patria, sin que por ello faltemos en lo más mínimo a nuestros deberes de huéspedes de este país que nos ha dado refugio.

Urge su respuesta y su opinión para obrar y dar una resolución a nuestros amigos que están en El Paso.

Muy afectuosamente.

Felipe Ángeles

ÁNGELES ACEPTA MARCHAR A NUEVA YORK

A esta alarmante carta del general Ángeles, don José María Maytorena contestó diciendo que consideraba que “todos los mexicanos tenían la obligación de salir de los Estados Unidos”.

Pero como el mismo Maytorena comprendiera que esta respuesta a Ángeles no era demasiado clara, el día 29 de julio le escribió nuevamente enviándole las cartas que se habían cambiado con el señor Eliseo Arredondo, embajador de México en Washington.

El señor Maytorena se dirigió al embajador Arredondo en los momentos que parecía inevitable un rompimiento entre los gobiernos de México y Estados Unidos como consecuencia de la expedición punitiva, ofreciendo sus servicios en calidad de soldado.

Arredondo contestó al señor Maytorena que había transcrita su carta al presidente Carranza, quien había contestado indicando que en caso de que estallara una guerra extranjera, los servicios del ex gobernador de Sonora serían inmediatamente aprovechados.

Al dar a conocer esta correspondencia al general Ángeles, don José María le urgió para que marchara a Nueva York, a fin de que se reuniera al grupo revolucionario encabezado por el licenciado Miguel Díaz Lombardo.

Ángeles, como se verá por la carta que sigue, aceptó, finalmente, la invitación de Maytorena.

José C. Valadés

Julio 5 de 1916
El Bosque, El Paso, Texas

Señor General don José María Maytorena
New York

Mi querido y buen amigo:

Recibí sus dos últimas cartas de fechas 28 y 29 de junio.

Varios amigos me han consultado qué deberíamos hacer en caso de guerra entre México y E.U. Creo que es nuestro deber ir a combatir a lado de nuestros compatriotas pero para resolver la consulta de esos amigos quise saber la opinión de Ud., de si debíamos o no requerir el consentimiento de Carranza. Su carta del 28, que fue respuesta a mi consulta, se limitó a decirme que estaba preparado para no continuar en E.U., pero sin decirme si iría a México o a otra parte, y sobre todo, no me decía, en caso de ir a México, si iría con o sin consentimiento de Carranza.

Su carta del 29, a la vez que bondadosamente me hace conocer las cartas cambiadas entre Ud. y Arredondo, me da a conocer la solución porque se decidieron Ud. y nuestro buen amigo Sr. Lic. Díaz Lombardo.

Desde que me escribió Ud. que no se adhería al folleto de los hermanos González Garza y de Llorente, porque se podría prestar a la falsa interpretación de una insinuación de acercamiento con Carranza, comprendí que tiene Ud. empeño en que no se crea nunca en tal acercamiento, y su carta aludida del 29 me ratifica ese empeño.

El señor general [Rafael] Buelna opina de modo opuesto. Vino ayer a visitarme y me contó que había pedido servir a México con motivo de la guerra con E.U., pero que serviría aunque no hubiese guerra. Muchos otros han hecho lo mismo, y por lo que me anuncia usted de que la guerra no es eminente (a pesar de las apariencias). Veo que Carranza aprovechó bien esta crisis para semi-conciliar con muchos de sus enemigos.

Según afirma en una de sus notas el Sr. Lansing (secretario de Estado de Estados Unidos), Carranza fomentó las incursiones de mexicanos a Texas (cerca de Brownsville) en septiembre del año pasado, y poco después fue reconocido su gobierno.

En la crisis actual ha estado descortés, amenazador y agresivo en la acción. ¿Dará esa conducta por resultado la retirada de las tropas americanas y un apoyo más decidido que antes? Me sorprendió saber que después de las agresiones de septiembre hubiera sido reconocido, pero ya no me sorprenderá ahora un buen resultado. Si así es, no rehúso aplaudir al señor Carranza.

El convencionismo

Agradezco el ofrecimiento de ponerme al corriente de todas sus gestiones para evitar la guerra; espero con ansia sus informes.

No he estado últimamente muy afortunado con lo que los periódicos han dicho que dije y que no dije: todo puede reputarse como falso, lo mismo pseudo-declaraciones, como las pseudo-rectificaciones.

Agradezco infinito la preocupación que han tenido Ud. y algunos de mis amigos, pensando que aquí estoy muy expuesto a un golpe traicionero de mis enemigos, pero la verdad es que ahora yo no me he sentido en peligro. Sin embargo, con el tiempo, puede ser que en realidad lleguemos (mi familia y yo) a estar en peligro. Eso lo sabré yo primero que mis enemigos. Tengo necesidad de platicarle un poco.

Díaz Lombardo me invitó a ir con él, pero no pude aceptar por entonces, y además comprendí que mi colaboración hubiera sido insignificante. Me alegraría mucho que todavía estuviera en esa Díaz Lombardo cuando llegara yo. Le suplico lo entere de esto y le dé un efusivo abrazo.

Cuando fije mi salida para esa, pondré a Ud. un telegrama que diga simplemente: "Mis sinceras felicitaciones", indicando con eso que el mismo día saldré para N. Y.

Mis más afectuosos saludos para todos los amigos y un estrecho abrazo para usted.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 26 de abril de 1931, año v, núm., 230, pp. 10-11.